



Los delegados de las dos Coreas discuten de su mutuo acercamiento en Panmunjon.

COREA, A LOS VEINTE AÑOS DE LA PAZ

El presidente de la República de Corea del Sur, Park Chung Hi, acaba de anunciar que ha reflexionado acerca de la posibilidad de la entrada de las dos Coreas en las Naciones Unidas y ha cambiado de posición: era hostil, y ahora es favorable. Sigue, en cierta medida, el camino de Alemania Federal, que ha aceptado también la admisión de las dos Alemanias. Sigue, realmente, la línea general de las reconciliaciones y las resignaciones. La admisión de las dos Coreas se hará, probablemente, en la próxima Asamblea General. Debemos esperar que ahora, cuando se cumplen los veinte años del armisticio de Panmunjon, los discursos de ambos lados sean conciliadores, ambiguos y tranquilos. Acabamos de ver una muestra paralela en Alemania Federal, donde el aniversario de la revuelta de Berlín-Este, que todos los años se viene celebrando como una exaltación a la unidad y un recuerdo exaltado a los que entonces se sublevaron, y éste se ha pasado como sobre ascuas, con palabras llenas de confusión.

Hace veinte años, un Eisenhower especialmente grave y serio, sin su típica sonrisa, apareció en la televisión para anunciar el armisticio. «Pero en sólo uno de los escenarios de la batalla, no en el mundo. No debemos ahora bajar la guardia ni cesar en nuestro esfuerzo». Desde Corea, los corresponsales telegrafiaban las palabras del general Mark Clark a los soldados: «Muchachos, no olvidéis dónde dejáis vuestros fusiles: pueden hacerlos falta la semana que viene —y añadía—; no encuentro nada dentro de mí que me permita estar contento en este momento». Los Estados Unidos dejaban 54.246 muertos en el campo de batalla; 103.284 hom-

bres habían sido heridos (cifras oficiales del Departamento de Defensa). El esfuerzo había durado tres años, había causado un profundo movimiento en la sociedad americana y terminaba como había empezado, con el país coreano dividido en dos por el mismo lugar en que lo estaba en 1950. Apenas unas rectificaciones, que daban ganancias de territorio al Sur por algunos puntos y al Norte por otros (con un saldo total, en cantidad, favorable al Sur). Las dos partes argumentaban su ventaja: los otros no habían conseguido invadir su territorio (los dos se habían acusado mutuamente de invasión). Pero Corea del Sur no quiso estar presente en el acto de firma del armisticio. Apenas un mes antes, el anciano dictador de Corea del Sur, Syngman Rhee, había anunciado que no toleraría ninguna clase de tregua ni de acuerdo que no supusiese la unificación definitiva de Corea bajo su mando. No admitió la existencia del armisticio. En Panmunjon sólo estuvieron presentes el general de los Estados Unidos William K. Harrison, que había querido significar la poca importancia de la cuestión presentándose sin corbata y sin condecoraciones al acto de la firma, y el general de Corea del Norte Nam Il, quien, por el contrario, iba con guerrera y condecoraciones. La fotografía oficial daba una sensación de vencedores y vencidos, acentuada por las declaraciones amargas de los militares, la gravedad de Eisenhower y las reservas de Syngman Rhee.

Los Estados Unidos estaban viviendo otra clase de problemas, al que se sumaba el del armisticio. En 1949, los soviéticos habían hecho explotar su primera bomba atómica y los chinos de Mao

Tsé-tung habían completado la conquista de su país: Chiang Kai Chek se había refugiado en la isla de Formosa. Habían sido dos derrotas de la política global de Estados Unidos, que se convertirían en una amenaza mayor cuando en los primeros meses de 1950 se había firmado el tratado de alianza entre la URSS y China. En ese mismo momento, el senador Joseph McCarthy anunciaba que poseía una lista de 205 comunistas infiltrados en el Departamento de Estado, y por lo tanto influyendo decisivamente en una política de derrotas diplomáticas. No estaban ahí solamente los comunistas: estaban ocultos en todos los resortes de la vida nacional, desde las artes, las letras y el cine hasta la ciencia, los sabios atómicos. Los comunistas podían ser grandes y brillantes hombres del ejército, o de la Casa Blanca, pero también modestas mujeres de la limpieza que, por las noches, examinaban los cajones y las cestas de papeles de los despachos oficiales en busca de información. Era la única explicación posible de que la URSS, descrita como un país miserable y atrasado, tuviera algo tan complejo y difícil como la bomba atómica, que se había descrito como la cumbre del pensamiento técnico, científico y militar de la civilización de los Estados Unidos (en realidad, el principio de la bomba no era ni americano ni soviético: era, sobre todo, alemán). El destrozado del maccarthismo en Estados Unidos fue grave. Una ola de represión, de desconfianza y de pánico invadió el país.

En estas condiciones comenzó la guerra de Corea, el 27 de junio de 1950. Corea, como Alemania, se había dividido en dos partes, establecidas con arreglo a

las circunstancias fortuitas del final de la guerra. Corea estaba ocupada por los japoneses, y atacada por los Estados Unidos de un lado, los soviéticos de otro: los oficiales japoneses se habían rendido a unas y otras tropas, y la forma de su rendición había fijado una línea separatoria establecida aproximadamente en el paralelo 38. Se había determinado que se celebrarían elecciones libres para determinar el gobierno general del país. En 1949, los soldados de la URSS y los de Estados Unidos se retiraron oficialmente, pero no perdieron su influencia. Las elecciones no se celebraron: los americanos celebraron unas, en su zona, de las que salió triunfador Syngman Rhee, un anciano nacionalista autoritario, enteramente a disposición de los Estados Unidos. La ONU reconoció la validez de las elecciones, pero no solamente para la zona en que se habían celebrado, sino para la totalidad del país, para la República de Corea, lo cual no fue aceptado por la URSS ni por Corea del Norte. A partir de ese momento, cada una de las dos partes anunció su propósito de «liberar» a la otra, lo cual se traducía en la práctica a un intercambio continuo de disparos a lo largo del paralelo 38, a unos incidentes fronterizos que iba continuamente creciendo hasta convertirse en conatos de guerra. El 24 de junio, uno de estos incidentes fue más profundo que los otros, Syngman Rhee anunció que el Sur era víctima de una agresión por parte del Norte. Los informes de la CIA, los del embajador de los Estados Unidos en Corea del Sur y los del general McArthur, encargado de la zona de operaciones del Pacífico, coincidieron: era posible una invasión del Sur.

JUAN ALDEBARAN

Los Estados Unidos pusieron rápidamente en marcha una operación: cargar a las Naciones Unidas con la obligación de hacer frente a la situación. Era fácil. El secretario general, Trygve Lie, compartía en esa y en todas las demás cuestiones la opinión de la Secretaría de Estado de los Estados Unidos. En el Consejo de Seguridad no había más que representantes occidentales: la URSS se había retirado porque consideraba que no debía estar presente junto al delegado de China que representaba a Chiang Kai Chek, ya derrotado y retirado a Formosa. Los Estados Unidos decidieron presentar el caso como «amenazas a la paz, rupturas de la paz y actos de agresión», y no como incidentes o violaciones. El Consejo escuchó únicamente al representante de Corea del Sur, John Chang (puesto que consideraba a esta zona como representante única de todo el país), que estaba acreditado como observador. Trygve Lie enunció el problema como «una amenaza para la paz mundial». Todos los delegados presentes aprobaron estas palabras. El delegado de Estados Unidos pidió que se tomaran decisiones para detener «una invasión armada», y los delegados de Francia y Egipto señalaron que debía reducirse a «ataque armado» y que las peticiones de alto el fuego habían de dirigirse no sólo a Corea del Norte, sino a las dos partes. No fueron escuchados y se aceptó la resolución de los Estados Unidos. La URSS declaró que la reunión era ilegal, por no estar presente su delegado, y denunció que tropas de los Estados Unidos y del Sur de Corea estaban invadiendo el Norte. Y el 27 de junio Truman decidió oficialmente la intervención de los Estados Unidos según un mandato de la ONU. «No estamos en guerra —declaró—; sólo estamos suprimiendo un raid de bandidos sobre Corea del Sur».

La apariencia de una acción de las Naciones Unidas pudo darse por la contribución en armas y en pequeños núcleos de hombres de unos quince países; en realidad el grueso de las tropas y del material era de los Estados Unidos, así como el mando: el general Douglas MacArthur. Pronto se iba a ver que la operación no era ni fácil ni triunfante. Y que se trataba de una verdadera guerra. Larga y mortífera. Y las noticias que comenzaron a llegar de los frentes fueron pronto malas, muy malas. Fue una retirada de mes y medio, hasta que desde los Estados Unidos pudieron llegar más y más hombres, más material. Como pasaría años más tarde en el Vietnam —es curioso observar una repetición de errores

en las dos contiendas asiáticas de los Estados Unidos— los informes habían sido erróneos. Se había insistido en que Corea del Norte en masa deseaba una invasión del Sur para liberarse de la tiranía comunista, en que era un país pobre y sin recursos, sin moral de combate. Y no era así. Pero los refuerzos pudieron cambiar la situación. Hacia agosto, la ofensiva de Corea del Norte pudo ser detenida; en septiembre comenzó la contraofensiva de MacArthur, y en noviembre el general anunciaba que la guerra estaba a punto de terminarse con la victoria de los Estados Unidos. Pero en ese momento sus tropas comenzaron a encontrarse con unos nuevos combatientes: los chinos. China temió que el avance de MacArthur pudiese no contenerse en sus fronteras. Tenía informes que aseguraban que iba a ser así. MacArthur había asegurado a Truman que China no intervendría, y, oficialmente, no intervino: pero masas de voluntarios chinos —de cuya voluntariedad se dudó inmediatamente— comenzaron a luchar junto a los coreanos. Y nuevamente la guerra cambió de signo. De una manera terrible. Millares de muertos, millares de prisioneros... De nuevo fueron retrocediendo los Estados Unidos, llegaron al paralelo 38, y aún algo más atrás, dentro del territorio del Sur... Y al comenzar 1951, las tropas del ejército expedicionario volvieron a ganar algún terreno.

Con la perspectiva del tiempo pasado, con algunos informes publicados posteriormente, se pueden tener algunas sospechas de que había convenios tácitos, o quizá explícitos, en torno a esta guerra. En primer lugar, la URSS no intervino directamente. Se ha podido creer que la ausencia del delegado soviético del Consejo de Seguridad había utilizado solamente como pretexto la presencia de China nacionalista. El delegado soviético hubiese podido paralizar la intervención de las Naciones Unidas con su derecho de veto. ¿Permitió la URSS conscientemente que los Estados Unidos se metieran en ese gran aviso? En segundo lugar, Truman rechazó tozuda e insistentemente la oferta de envío de tropas de Chiang Kai Chek. En tercer lugar, durante su ofensiva de invierno, las tropas de Corea del Norte y los chinos podrían haber expulsado de la península a los soldados norteamericanos, ocupando la totalidad del país; sin embargo, apenas hubieron penetrado unos kilómetros en el territorio del Sur cuando volvieron a retroceder. Comenzó entonces un juego largo. El cuerpo expedicionario avanzaba con aparente dificultad, dejando muertos y muertos

en el campo de batalla; apenas llegaban a puntos determinados, las tropas asiáticas volvían a empujar... Un corresponsal de guerra escribió en la primavera de 1951: «Nunca he visto nada parecido en mis setenta y cuatro años. El problema está en estas malditas colinas de Corea. Marchamos sobre ellas, las atravesamos, y mientras lo estamos haciendo tenemos la impresión de que pronto volveremos a cruzarlas en sentido contrario...».

Fue entonces cuando el general MacArthur, que menos de un año antes había proclamado que la guerra estaba a punto de ganarse, comprendió que estaba perdida. A menos que... Claramente, a menos que se le dejase emplear la bomba atómica contra China. Pidió a Washington manos libres; y Washington se las negó. No solamente se las negó, sino que se apresuró a destituir a MacArthur y a nombrar en su puesto a Ridgway. El prestigio de MacArthur en aquel momento era inconmensurable. Hubo grupos de senadores que trataron de destituir al presidente (por la cláusula del «impeachment» que ahora se quiere aplicar contra Nixon por el escándalo del Watergate). El senador McCarthy no mordió sus palabras: «El hijo de perra —refiriéndose a Truman— ha tomado esa decisión después de una noche de bourbon y de bendiciones». El único que no pronunció una sola palabra fue el general MacArthur: hizo sus maletas y se volvió al país. Pero no pudo permanecer silencioso. Los homenajes, los vitores, las presiones, le fueron llevando a un terreno que quizá no había querido. Poco a poco, sus palabras fueron siendo más y más precisas. «Mis soldados —dijo ante el Congreso— me preguntan por qué no utilizamos nuestras ventajas militares ante el enemigo. No sé qué contestarles». Poco a poco fue pronunciando discursos, arengas. Comenzó a recorrer el país. Habló de que el «país se entregaba al comunismo», habló de «las insidiosas fuerzas trabajando desde el interior», se sumó enteramente a la teoría de la conspiración emitida por el senador McCarthy. Se llegó a decir que era posible un golpe de estado que le llevase al poder. Pero había algo más posible: la candidatura de MacArthur a la Presidencia, que debía quedar vacante en 1952.

Solamente un militar de más prestigio podría contenerle. Ese militar fue Eisenhower. En julio de 1952 se anunció oficialmente su candidatura. Y el general MacArthur comenzó a desvanecerse. Esta vez, para siempre.

El general Eisenhower, con Nixon como vicepresidente, se propuso deshacerse de la guerra

de Corea. Lo consiguió. Y del senador McCarthy —que en sus últimos paroxismos llegó a atacar al propio Eisenhower como instrumento del comunismo—, y lo consiguió también.

En 1953, cuando Eisenhower tomó posesión de la presidencia, comenzaron a suceder acontecimientos mundiales trascendentales. En el mes de marzo murió Stalin y se comenzó a creer ya que esa muerte iba a tener consecuencias decisivas. Unos meses después Beria era ejecutado: era el síntoma más evidente de que todo estaba empezando a cambiar en la URSS. Las revueltas de Berlín-Este dieron la sensación de que en la Europa comunista se esperaban cambios, y los impacientes los querían adelantar. Eisenhower no quería estar embarazado en sus movimientos diplomáticos y políticos por la guerra de Corea que para él, como militar, no podía terminar nunca con un resultado positivo. Sabía perfectamente la razón de Truman al no querer emplear la bomba atómica: hubiese sido la guerra mundial. Y sabía también que sin la bomba atómica la guerra no se podría ganar nunca, porque era China la que estaba detrás. Una invasión de China hubiese sido imposible y catastrófica. La única solución era el armisticio. Las negociaciones secretas con la URSS, probablemente con China, precipitaron el final. El gran episodio de la guerra fría había terminado.

Los paralelismos con la guerra del Vietnam son inevitables. Cuando Kennedy la inició, creía que con una pequeña presión militar bastaría para barrer al enemigo, como había creído Truman cuando inició la de Corea. En los dos casos, los cuerpos expedicionarios fueron creciendo y creciendo: Asia se convertía en un abismo sin fondo. En los dos casos, los extremistas (MacArthur y McCarthy en ésta), insistieron en el empleo de la bomba atómica, y en los dos se consideró que podría producir una guerra mundial y era preferible la guerra limitada. Las dos terminaron en armisticio, con un regreso a los puntos de partida. Y durante las dos, la URSS y los Estados Unidos mantuvieron un diálogo prudente y mesurado para evitar males mayores. Los paralelismos se detienen ahí.

Pero si hay ahora la posibilidad de un mundo conciliado, negociador, pacífico, hay que pensar que el primer jalón se estableció en la guerra de Corea. Y el hecho de que las dos Coreas puedan entrar ahora en las Naciones Unidas indica también el saldo de la guerra fría.

Hasta nueva orden.